

Si en Madrid hay más abates
 que galones de oro falso,
 ya por parecer sujetos,
 ya por no parecer vagos,
 y ya porque les parece
 el traje más adecuado
 para introducirse con
 ambigüedad en los estrados,
 y.....

III

El otro grupo de sainetes, aquéllos en que el modelo para los ingeniosos retratos sociales es el pueblo bajo, sus fiestas, sus hábitos, sus vicios y virtudes, difiere mucho de los del primer grupo. Valen, por lo general, bastante más en conjunto, aunque carecen de aquel organismo dramático que pone á los otros en la jerarquía de verdaderas comedias. En los sainetes populares predomina el colorido local, la casta madrileña; y algunos son pinturas de la vida en determinados sitios de la Corte, como *La Casa de tócame-Roque*, *La Pradera de San Isidro*, *El Rastro por la mañana*, etc. En la mayor parte de ellos no se cuida el autor de imaginar una acción, como lo hizo en los de carácter burgués, aunque no siempre con buena fortuna: generalmente los sainetes populares son cuadros dialogados, teniendo por

único elemento de arte la exhibición simple de los caracteres, dados á conocer por el lenguaje, rara vez por los hechos. Pero este lenguaje es primoroso, y en él se muestra Cruz consumado maestro.

Sin duda tuvo ocasión en su azarosa vida de rozarse con el pueblo, y frecuentó los bodegones de Maravillas y Lavapiés, lo mismo que si hubiera nacido y criándose entre aquella gente. Dos tipos descuellan en estos grupos inimitables: la Maja y el Manolo. La primera es la figura más característica y pintoresca que ha ofrecido el buen pueblo matritense en sus evoluciones, y hoy no podemos formar de ella sino una idea muy inexacta por las mujeres de los barrios bajos, que conservan lo zafio y lo grosero, habiendo perdido el donaire y la originalidad. Aquella era altiva, desenvuelta, de una audacia sugestiva, ingenua en el vicio, con cierta firmeza de carácter y una especie de pundonor á su manera, llevado al último grado de intransigencia. La Maja parece como una corrupción de la antigua mujer española: en ella resplandecen, juntamente con el desgaire á que su condición social la llevaba, algunos rasgos de carácter de los que fueron adorno y orgullo de las nobles damas del siglo xvi. Examinando este tipo tal como lo presenta Cruz, detrás de su desvergonzada y airosa facha, de sus dichos atrevidos y picantes, se ve siempre no sé qué de gran señora. Ella, por lo menos, lo cree así, y está tan orgullosa de su clase, que no se

cambiaría por las hembras de más alta condición, en quienes ve marcados síntomas de extranjerismo; advierte en ellas la misma relajación de costumbres que cunde por las bajas esferas, sin que puedan embellecerlas el gracioso desenfado y la encantadora malicia, que sólo son patrimonio de la maja.

En el sainete *La Maja majada* hay dos magistrales, Colasa y Bastiana. En ellas pueden verse todos los rasgos de carácter que hemos indicado, y además la pasión, la gallarda entereza, y otros accidentes que, aun presentados en forma de truhanería y desvergüenza, revelan ciertas cualidades, oscurecidas por el vicio y la miserable condición (1).

(1) He aquí un poco del diálogo de la *Maja majada*, sainete que, como otros muchos de igual índole, yace en el olvido y alejado de los teatros, mientras imperan el género bufo y las insulsas piezas en un acto, arregladas del francés:

BLAS. ¡Qué brava cesta
de frutas!

COL. ¡Para tí estaba
aquí! Mira si la dejas
ó te abro con el martillo
en la frente una tronera
para que salgan á misa
del gallo las tres potencias.

BLAS. En no estando don Patricio
aquí, no hay diablos que puedan
aguantarte.

COL. Calla, Blas.

BLAS. Digo bien. Sí.

En *Las Castañeras picadas*, el diálogo entre la *Pintosilla* y la *Temeraria* es la mejor muestra del género: las dos damas acaban por sacar la navaja, después de ponerse como ropa de pascuas. Los coloquios entre ellas y sus queridos son también singulares, y rara vez habla la maja sin que le maltrate á él de palabra y hasta con obras: un detalle invariable en la vida de esta gente es que la mujer siempre domina al hombre, y en sus frecuentes riñas siempre

COL. ¿Cuánto apuestas
que te sacudo?

BLAS. Dale.

COL. ¿No callo ya?

BLAS. Blas.

BLAS. ¡Paciencia!

PEPA.
¿Y Patricio?

COL. ¡Qué sé yo!
Si en dando las seis y media
no ha parecido, á las siete
ya estoy yo de centinela
en la puerta de la calle,
y la pregunta primera
no se la haré yo.

PEPA. ¿Pues quién?

COL. Esta manita derecha
con un sopapo tan limpio
que, antes que llegue, las muelas
se le han de salir de miedo
con el aire que he de hacerlas.
.....
Si al instante no me cuentas
lo que sabes, me encáramo
encima de tu conciencia
y te hago de cada brinco
echar un pecado fuera.

sale ella mejor librada, compensando los golpes del varón, si á dárselos acierta, con la punzante procacidad de su lenguaje.

La *Temeraria* habla así en el sainete citado:

Gorito:

ya há tres meses que me tratas,
y aunque sabes que yo.... digo,
soy *plus-ultre* de las majas
cuando quiero, cuando quiero
soy tambien aseñorada,
sé lo que es formalidá,
y á llevar bien una bata
ó un *savillé*, desafío
á la usía más pintada.

— Si eres la reina.

¡La reina!

Alcalde que yo me hallara
un mes, habías de partir
los piñones esta Pascua
con los cantos de Melilla,
ó habia de quebrar la vara.

Cuando ellas riñen entre sí, el lenguaje no es menos chistoso; así hablan la *Temeraria* y la *Pintosilla*:

TEM. Pero no tengo ahora gana
de reñir contigo.

PINT. Avisa
luego que te dé, y señala
hora en que no me incomode,
ó no esté desafiada

de otra; que no he de privarla
á ella de las bofetadas
que le tenga prevenidas
para hacerte á tí esa gracia.

En *El careo de los majos* es manifesto el desprecio con que las gentes del pueblo miran á los usías, y la creencia general en ellas de que los vicios de las clases bajas son más intensos en las altas, agravados por la hipocresía. Créese la maja más honrada que la señora que acude á un baile de candil, llevada por la extravagancia de un abate ó el capricho de un petimetre; desprecia siempre á la presumida que disimula la profanidad de sus equívocas costumbres con los oropeles de la etiqueta, y los recursos que una regular educación puede ofrecer. La maja conoce su corrupción, conoce la sentina en que vive, y ella misma publica sus vicios; pero el objeto de sus más violentas increpaciones, y hasta de su odio, es la clase alta, á quien ridiculiza y escarnece, como si por una extraña intuición del pueblo comprendiera que de arriba viene la norma de las costumbres, y que en las esferas elevadas se elaboró la relajación del carácter nacional.

El *Manolo*, nombre que, según don Ramón Mesonero Romanos, no tiene otro origen que el célebre personaje de la *tragedia para reir* que lleva este título, es uno de los tipos más característicos de los sainetes populares. El *Manolo* vale menos que la

maja, cuya entereza es muy real, mientras todas las amenazas de él no pasan de baladronadas sin consecuencias. Sin embargo, son muy interesantes los tipos de *Gorito*, *Alifonso*, *Zurdillo*, *Pocas Bragas* y *Canillejas* (1). La clase proletaria de hoy es más inteligente y menos pintoresca: entonces sabía disimular su miseria con una alegría constante y el desahogo de sus fiestas continuas algarazas; hoy es menos perezoso y conoce mejor sus deberes, aunque no ha perdido enteramente los resabios que le pusieron entonces tan marcado sello. En la última escala de esta clase pone Cruz á los licenciados de presidio, héroes no menos graciosos que los de las antiguas novelas picarescas. Signorelli, en su *Historia crítica de los teatros*, se ensañó injustamente contra Cruz, censurándole que sacara á la escena á esta miserable gentuza, y la hiciera inte-

(1) Canillejas convoca así á los majos del Barquillo:

Grandes, invencibles héroes,
que en los ejércitos diestros
de borrachera, rapiña,
gatería y vituperio
fatigáis las faltriqueras,
las tabernas y los juegos,
venid á escuchar el modo
de vengar nuestro desprecio.
Envidiable Pelachón,
Marrajo temido y fiero,
inimitable Zancudo,
y demás que sois modelo
de virtudes, venid todos...

resante las más de las veces por las gracias de sus dichos y travesuras. Difícil es decir si tuvo razón el severo crítico italiano, ó la tuvo el poeta español al defenderse, alegando en su abono que él pintaba la canalla tal como era, sin disimular sus vicios ni ocultar su donaire. Verdad es que si no eran el mejor ejemplo para el pueblo que asistía á los espectáculos las heroicidades del *Zurdillo* y *Mediodiente*, en cambio no perdonaba medio el sainetista de volver por los fueros de la honradez, de la sobriedad, de la decencia, mostrando, ya por el desenvolvimiento de la acción, ya valiéndose de fórmulas sentenciosas no siempre oportunas, sus ideas respecto á la moral del pueblo y á los medios de extirpar los seculares vicios que le corroían (1). Don Ramón de la Cruz reprende á los héroes de baja estofa el vicio de la taberna; á menudo les pone en manos de la justicia; otras les presenta castigados por personajes de la misma laya, ó burlados en sus amores; y alguna vez, discurrendo con acierto, no les da más correctivo que la repugnancia y horror que inspiran sus ca-

(1) Al final del *Manolo* dice *Mediodiente* estos versos, que son como la moraleja del sainete:

¿De qué aprovechan
todos vuestros afanes, jornaleros,
y pasar las semanas con miseria,
si después los domingos ó los lunes
disipáis el jornal en la taberna?

racteres, no siempre disimulados con la sal del chiste y lo jocoso de las empresas.

Menos interés tienen los *payos*, cuya rudeza no les distingue mucho de los paletos de hoy. Desgraciadamente, la cultura del siglo XIX, que se propaga en nuestro país con incansables esfuerzos, no ha salido aún de las poblaciones, ni ha penetrado por tanto en las comarcas rurales. Aunque algunas líneas de ferrocarril unen el centro de la Península con sus más remotos extremos, en lo intelectual y en lo moral puede decirse que Vallecas y Jetafe están á mil leguas de la Corte. El payo de fines del siglo pasado es un conjunto de candor y barbarie; y el campesino de hoy, aunque suele hablar de elecciones, de libertad y hasta de derechos, no le podría dar lecciones de cultura. Tipos de labriego presenta Cruz, que son modelos de socarronería: la variedad de estos tipos no es grande. En punto á hidalgos provincianos grotescos, ninguno como el don Rodrigo que aparece en *El Peluquero soltero*, y que es de lo más zafio, sórdido y chabacano que cabe imaginar.

IV

Acerca del juicio que de estas obras formaron sus contemporáneos, poco puede decirse. La mayor parte de los litratos de su época apenas le nombran en sus escritos, y

la circunstancia de pertenecer á la Academia de los *Arcades* de Roma y á la de Buenas Letras de Sevilla, no supone gran cosa en honor suyo. Puede asegurarse que entre la gente de letras no podía ser tenido en gran estima por la índole de sus escritos, nada conforme á las ideas de atildamiento y pulcritud que entonces dominaban. Era imposible que Cadalso y Moratín padre, tan afrancesado y luzanista el primero, tan nimio y riguroso el otro, gustaran de aquellos sainetes creados por la observación simple de un ingenio libre, fácil y poco escrupuloso. No podía ser tenido como maestro del arte quien se preciaba de recibir su inspiración directamente del pueblo, contradiciendo en esto las ideas del austero Forner, que profesaba estrechos principios de aristocracia literaria. Sin duda, estos graves escritores se reían de los empeños siempre felices de Cruz en sacar á la escena la canalla de Lavapiés y los licenciados de presidio; sin duda consideraban todo esto indigno de las altas concepciones del arte, y propio tan sólo para hacer reír á la gente de escasa instrucción y extraviado gusto. No hay noticias de que don Ramón frecuentara el Parnasillo de la fonda de San Sebastián, á donde iban Moratín, Cadalso, Conde, Sedano, Signorelli y otros muchos. En las obras de Jovellanos no encontramos nada que indique aprecio ó desdén del sainetista, aunque se sabe que fué suscriptor á la edición de 1786-91; pero conocidas sus ideas lite-

rarias y el juicio que hace de ciertos espectáculos, indicando una severa reforma, parece que no debía ser muy amante de tales obrillas.

Lo indudable es que don Ramón gozó de extensa popularidad, como lo prueban las representaciones frecuentes de sus sainetes y comedias, no sólo en los teatros, sino en las casas particulares (1). Al frente de la colección de sus obras, que Cruz principió á publicar por entregas en 1786 y terminó en 1791, hay un documento que prueba más que nada el general aprecio de que gozaban sus composiciones: es una lista de las personas que se suscribieron para el coste de la edición, dos años antes de que comenzara á imprimirse. Encabezaban la lista damas y caballeros de la más esclarecida nobleza, las Duquesas de Benavente, de Osuna, de Alba, de Santisteban; el Duque de Alba, el de Osuna, el de Granada, el de Híjar, el de Abrantes; los Condes de Fernán-Núñez, de Floridablanca, y el Embajador de Francia. Entre las personas que se inscribieron luego de anunciada la edición de la *Gaceta*, hay

(1) La comedia *El día de Campo* se representó en el palacio de la Duquesa viuda de Benavente y Gandía por las damas y servidumbre de S. E., según dice el autor en nota puesta á dicha obra. La desempeñaron con la mayor gracia, viveza y propiedad en celebridad de los días del señor Duque de Osuna. La *Briseida* se representó en la casa del Conde de Aranda en 1768.

una serie de altos funcionarios del Consejo y Cámara de Castilla, magistrados, padres provinciales, priores de conventos, dignidades de catedrales, obispos, generales, otros militares de alta graduación y muchas personas de todas clases y condiciones, entre las cuales figuran algunos escritores de los más renombrados de la época, tales como don Gaspar Melchor de Jovellanos, don Tomás de Iriarte, don Vicente García de la Huerta y don Juan Sempere. Todas estas personas alentaron á Cruz en la empresa de dar á la prensa su teatro, haciéndole un anticipo que no habla muy alto en favor de los recursos pecuniarios del afamado sainetero. Cinco años tardó en imprimir, en diez tomos pequeños, la edición harta incompleta y falta de criterio, porque aparecen excluidos de ella la mayor parte de los sainetes, sobre todo los picarescos, é incluídas algunas de sus comedias y zarzuelas, que valen bien poco.

Moratín le juzgó benévolamente en el prólogo á su teatro, indicando que fué el único que en aquel desdichado período literario comprendió la índole de la buena comedia; y si no le puso en el lugar que merece por su fecundidad, por la exactitud de su observación y la inmensa variedad de los tipos que creó, fué porque un excesivo amor á la regularidad le impedía ser tolerante con las faltas de que Cruz no podía prescindir por ignorancia, ú obligado por causas externas. Como autor de circunstancias, escribiendo las más veces sin formalidad alguna, ni otra

aspiración que divertir durante veinte minutos á un público poco exigente, no podía corresponder al criterio de aquel insigne escritor y preceptista, que nacido en época de mayor madurez, y habiendo recibido una severa educación literaria, ajustaba todo á los clásicos principios de que estaba profundamente penetrado.

Don Juan Sempere le incluye en su *Ensayo de una Biblioteca*, etc., poniendo en ella el catálogo completo de sus obras dramáticas, y el juicio que Napoli Signorelli hace de nuestro autor en su *Historia crítica de los teatros*, obra que no por estar escrita en España, carece de aquellas inexactitudes y majaderías que cometen los extranjeros siempre que se ocupan de nuestras cosas. A don Ramón de la Cruz le trata el italiano con extremado desdén; y sin duda debió saberle muy mal á nuestro compatriota, porque en la edición de 1786-91 escribió un largo prólogo para defenderse de Signorelli, tratándole á su vez con doble rigor. Este prólogo, en que Cruz cita en defensa suya á Montaigne, Aristóteles, Lampillas, Strabón, Quintiliano y Longino en su *Tratado de lo sublime*, revela una irritabilidad muy grande: el poeta se defiende con ahinco, trata de rebatir prolijamente los cargos de su detractor, y no perdona medio de ponerle en ridículo. Allí hace también alarde de sus conocimientos: según da á entender, estaba versado en la alta literatura y no carecía de principios. El tono de este prólogo es agresi-

vo, violento, sin ningún aticismo, y con un humor jovial y zumbón no exento de despecho: bien se ve que Cruz amaba sus sainetes y conocía cuanto había de transcendental en aquellos breves bosquejos. Véase una muestra:

“Los que han paseado el día de San Isidro por su pradera, los que han visto el Rastro por la mañana, la Plaza Mayor de Madrid la víspera de Navidad, el Prado antiguo por la noche, y han velado en las de San Juan y San Pedro; los que han asistido á los bailes de todas clases de gentes y destinos; los que visitan por ociosidad, por vicio ó por ceremonia... en una palabra, cuantos han visto mis sainetes, reducidos á veinticinco minutos de representación (después de rebajar el punto de vista con la decoración á veces nada á propósito y las actitudes tan mal estudiadas como los versos), digan si son copias ó no de lo que ven sus ojos y de lo que oyen sus oídos; si los planes están arreglados ó no al terreno que pisan, y si los cuadros no representan la historia de nuestro siglo.”

Este juicio de sí propio, hecho con tan ingenua firmeza, es exacto. Signorelli, cegado por las ideas dominantes en punto á regularidad, no supo ver el encanto de aquellos lindos entremeses, despreciados por los poetas y aplaudidos por el pueblo que allí se encontraba retratado. La posteridad les ha hecho más justicia, siendo leídos y representados en nuestra época, mientras yacen en perpetuo y justo olvido la *Hormesinda* de

Moratín padre, la *Numancia destruida* de Ayala y el *Sancho García* de Cadalso. Ni aun de la *Raquel* de Huerta se acuerda nadie ya. Todo aquel mundo artificioso, creado por el espíritu de imitación, se desvaneció como el humo.

V

Si Cruz hubiera nacido en otra época; si á la concienzuda educación de Moratín hijo, hubiera unido las prendas de carácter suficientes para emprender obras intensas y llevarlas á cabo con madurez y criterio, sus creaciones honrarían en alto grado á su país y á su siglo. Pero don Ramón no tomó jamás en serio la profesión artística: escribía por entretenimiento, movido por la casualidad, como él mismo dice; no sabía estimarse en su verdadero mérito; no tenía la dignidad de su ingenio; lo gastaba, lo despilfarraba sin tasa ni juicio en multitud de creaciones, entre las cuales son muy pocas las que tienen su desarrollo natural. Escribía por una especie de necesidad instintiva, no acertando las más de las veces á comprender los tesoros de arte que su propia feliz observación le ponía ante los ojos. Claramente nos da á conocer sus procedimientos cuando dice:

“La mayor parte de ellos (los sainetes) no tendrán lugar en mi teatro, aunque le ha-

yan tenido en los públicos, por no pertenecer al verdadero y general objeto de la comedia, y haberse escrito sin otro que las casualidades y práctica particular de las compañías españolas, como las *Loas de empezar temporada* en las pascuas de Flores para presentar autores nuevos, y las que llaman *introducciones*, cuando sale después alguno extraordinario ó se ha de representar pieza nueva que lo necesite.”

En el mismo prólogo dice, hablando de *El Licenciado Farfulla*, duramente censurado por el *Memorial literario*:

“La ligereza de mi docilidad en tomar cualquier asunto que se me dió sobre qué fundar una operilla bufa, que en vez de arias se adornara con música de todos los aires españoles, y haberla afarfullado en cuatro días...”

Y aun procediendo de este modo, autor de circunstancias, que á veces no ponía á los personajes de sus sainetes más nombres que los de los cómicos que los representaban, fué este hombre el mejor pintor de las costumbres de su siglo. La posteridad, no muy justa siempre con tan fecundo ingenio, ha formado este juicio; y si por mucho tiempo le tuvo olvidado, al fin, en los últimos tiempos, después que vió la luz la edición de la *Unión literaria*, le ha puesto en su verdadero lugar, ni más alto ni más bajo de lo que le corresponde.

En resumen: don Ramón de la Cruz, dotado de un talento superior, no llegó, por la

dañosa influencia de los vicios intelectuales de la sociedad en que nació, á realizar el alto fin á que parecía estar destinado; pero aun así, y á pesar de la flojedad de su carácter, produjo una imagen artística de aquella sociedad, que es el reflejo por donde mejor y más directamente la conocemos. El mundo artístico creado por este ingenio, es vasto, de una multiplicidad asombrosa, vivo, palpitante, todo calor y movimiento. Como obras de arte, algunos de sus sainetes son por lo general engendros de imperfecto desarrollo que sólo en algunos rasgos dan á conocer la buena casta del ingenio que les ha dado la existencia; si no logran todos los fines del arte, consiguen el de la imitación de la naturaleza las más de las veces. Fáltales la lógica de la acción; carecen de organismo, de juicio, de esa sensatez que exigimos aun á los productos del humor más desenvuelto y voluble; pero no hay en ellos ni sombra del vicio más funesto para las obras de arte, el fastidio.

Es pueril á veces el prurito de enseñar que el autor manifiesta, no circunscribiéndose á los medios propios que para tan importante fin tiene la comedia, sino practicando la enseñanza directa, por medio de las fastidiosas amonestaciones que tanto nos cansan en el teatro. Esto procedía sin duda de aquel prosáico espíritu didáctico que fué una consecuencia de la reforma literaria, y que no creó otra cosa buena que los fabulistas. En esta parte, Cruz no sabe lo que

se hace. Diríase que se avergüenza de la llaneza de sus asuntos, de lo pedestre de la forma, de la baja condición y conducta encanallada de sus personajes, y quiere remediar todo esto con algunos retazos de moral escrita; á las veces, introduce unos personajes serios, á quienes no falta sino un poco de estudio y alguna naturalidad para parecerse al don Pedro de *La Comedia nueva*. Pero aquellos personajes serios, sacados á la escena en nombre de la moral y del sentido común para reprender las extravagancias de los otros, son de una insipidez muy marcada, cuando no ridículos. La verdadera moral de los sainetes está en el desprecio, en la repugnancia, en el horror que inspiran los petimetres insubstanciales, los usías, los abates desvergonzados, las viejas coquetas, los manolos desalmados, los presidiarios procaces y soeces. De este modo enseña don Ramón de la Cruz, después de haber logrado el principal objeto del arte; y puede sintetizarse su procedimiento en aquellos versos de un chistoso diálogo de *La Comedia casera*:

— ¿De qué libro
habéis sacado ese texto?
— Del teatro de la vida
humana, que es donde leo.

VI

La sociedad retratada en los sainetes presenta una de las épocas de mayor turbación registradas en la historia. Falso es el concepto de regeneración atribuido al reinado de Carlos III. Si en apariencia es así, un examen atento puede descubrir lo contrario: hubo, ciertamente, progresos administrativos, y se vió como un renacimiento de los buenos principios, sobre todo en la esfera de las artes monumentales; pero esto, lo mismo que otras muchas cosas útiles debidas á la iniciativa del monarca, no tuvieron verdadera realidad, pues todos los esplendores de aquel reinado fueron puramente oficiales. La arquitectura, la ciencia, la filosofía, las obras públicas, todo fué de Real orden. Ninguna de estas ventajas emanó de la sociedad, que no comprendía la pureza de los monumentos, ni la utilidad de las vías de comunicación, ni la transcendencia de los estudios científicos; así es que cuando concluyó el creador de aquel mundo ficticio; cuando desapareció el buen Carlos III, todo se fué con él; y la sociedad infecunda, incapaz de producir grandes cosas en ninguna de las esferas del entendimiento humano, patentizó su esterilidad y corrupción en los años sucesivos, hasta que las revoluciones del siglo presente infun-

dieron nueva sangre en su cuerpo gastado y dolorido. A pesar de la sombra de bienestar que existía en las regiones oficiales, el reinado de Carlos III fué de honda turbación y decaimiento. Nunca se abatió más el espíritu nacional, cuya flojedad llegó á un extremo inconcebible; nunca la sociedad mostró en todas sus clases más señalados síntomas de ceguera y corrupción, sin que ningún ideal próximo ni lejano le diera luz y esperanza.

Madrid, Enero de 1871.